

PRÓLOGO

El Maestro Eckhart es un pensador radical. Y es quizás en tal radicalidad –que ciertamente conoce, pero en modo alguno reconoce el peso de lo real en tanto que meramente presente o actual– en donde haya que buscar tanto el valor perenne de su obra –el cual, sin duda, lo tiene– como también la amenaza constante al orden establecido que trae consigo: la “peligrosidad” inherente a su pensar y actuar, a la que ya aludía la bula condenatoria en 1329.

El radicalismo del Maestro Eckhart le llevará, como es de sobra conocido, al fracaso: 28 enunciados extraídos de sus obras serán finalmente condenados por Juan XXII. Se trata de una condena que, tal y como tratamos de mostrar en nuestro estudio, afecta a momentos esenciales de la metafísica idealista eckhartiana, y que en modo alguno se debió exclusivamente a la supuesta ceguera intelectual de la comisión encargada de dictaminar sobre los enunciados cuestionados. La condena se mueve en el loable intento de defender el valor de lo meramente real en tanto que tal.

El Maestro Eckhart es, pues, en cierto sentido un pensador fracasado. Pero si se le lee con cariño –y quien escribe estas líneas se cuenta entre quienes así lo leen– se aprenderá de su fracaso algo fundamental, quizás el pensamiento o el valor que supone la base de todo lo que este filósofo y teólogo alemán desarrolla: que lo esencial es, en última instancia, completamente independiente del éxito o fracaso factual; que lo esencial es –al menos: en cierto sentido– indiferente respecto del desenlace real o factual en el mundo de las meras “cosas”. El éxito o fracaso real ni fortalece ni destruye lo esencial: no lo afecta en lo más mínimo. “El ser esencial”, había escrito Enrique de Gante en este sentido –permítasenos traducirlo de una manera ciertamente libre–, “es indiferente respecto del ser factual” (*esse essentiae indifferens est ad esse et non esse actualis existentiae*). Entendido de este modo (¿es posible entender al Maestro Eckhart de otro modo?), no deja su fracaso de plantear una y otra vez una cuestión fundamental: ¿es posible que haya sido la realidad la que, como tal, haya fracasado en el fracaso del Maestro Eckhart? Entretanto alguien tenga a bien resolver esta cuestión, permítasenos quedarnos con lo esencial (si Dios quiere), y no dejar de seguir confiando –siempre– en que algo –o alguien– termine salvándonos del fracaso.

La traducción y estudio introductorio que aquí presento surgió en los años inmediatamente posteriores a la lectura de mi tesis doctoral en la Universidad de

Ratisbona (25 de julio de 2002). Ello no habría sido posible sin el apoyo recibido por parte del Prof. Dr. Rolf Schönberger. Quisiera expresarle aquí mi profundo agradecimiento, que no se refiere únicamente al caso mencionado. Agradezco muy especialmente al Prof. Dr. Georg Steer el apoyo sincero que me ha otorgado en los últimos tres años: ejemplo difícilmente superable de integridad, franqueza y respeto humano –algo cada vez más raro, en tiempos en que la virtud parece no tener coyuntura–. Al Prof. Dr. Ferdinand Ulrich le agradezco las largas conversaciones filosóficas en Ratisbona que han contribuido de manera decisiva –quizás incluso definitiva– a la formación de mi pensar. Supone una pura contradicción que justamente nosotros filosofáramos paseando. Agradezco al Prof. Dr. Juan Cruz Cruz, director de la Colección de Pensamiento Medieval y Renacentista, el haber aceptado la publicación de mi traducción y estudio en la mencionada Serie, así como a la Dra. M^a Idoia Zorroza por su paciente y muy capaz y eficiente colaboración editorial, sin la que el presente libro no habría llegado nunca a ser imprimido. Quisiera mencionar también a Silvia Bara OP, agradeciéndole sus correcciones y sugerencias, así como el tiempo y empeño empleados para la lectura del manuscrito.

A mis padres (“tanto monta, monta tanto...”), así como a mi esposa, Marianne, y a nuestro hijo, Manuel Josef, los llevo –y llevaré– siempre en mi corazón. Quisiera, no obstante, dedicar el libro a mi única (e irrepetible) hermana, Ana María: eternamente.

Andrés Quero Sánchez
Múnich, 2 de diciembre de 2008